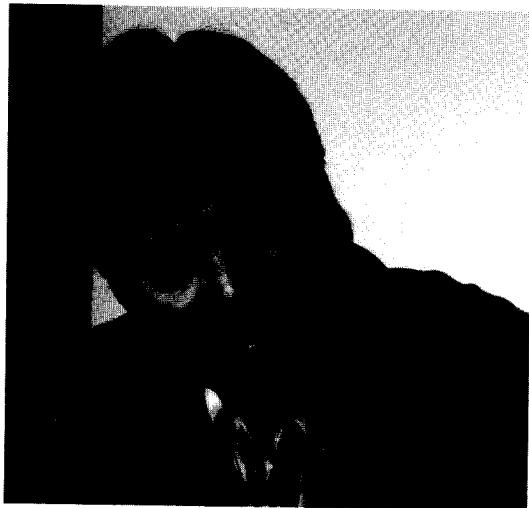


Río Ánimas

Edeberto Galindo Noriega





Edeberto Galindo Noriega
(Ciudad Juárez, Chihuahua, 1957)

Dramaturgo y director. Premio Nacional de Dramaturgia "Víctor Hugo Rascón Banda", con *La furia de los Mansos* (2007); ganó el noveno Certamen Nacional de Pastorelas con *Diablo a la diabla* (2006); ganó el Premio Nacional de Dramaturgia "Emilio Carballido" de la UANL con la obra *El diputado* (2005). Fue seleccionado para la XXIV Muestra Nacional de Teatro, en Morelia, Michoacán (2003). Obtuvo el Premio Chihuahua en Literatura con la obra *Morir con las alas plegadas* (2002). Finalista en el segundo Concurso Nacional de Dramaturgia "Teatro Nuevo" de la SOGEM en el Distrito Federal (2001); mención honorífica en el Concurso Internacional de Obra Dramática en Tramoya, de Jalapa, Veracruz (2000). En 2008, con esta obra, *Río Áimas*, ganó de nuevo el Premio Nacional de Dramaturgia Víctor Hugo Rascón Banda, cuyo jurado fue Ana Laura Santamaría, Fernando de Ita y Javier Serna.

Río Áimas

Edeberto Galindo Noriega

Esta obra ganó el Premio Nacional de Dramaturgia Víctor Hugo Rascón Banda 2008, cuyo jurado estuvo conformado por Ana Laura Santamaría, Fernando de Ita y Javier Serna.

CONSEJO PARA LA CULTURA Y LAS ARTES DE NUEVO LEÓN
CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

*A Rosa Herrera mi agradecimiento
por su colaboración desinteresada*

*A mi hija Austria, por la fe
que le tiene a este texto y porque Río Animas,
de todas mis obras, fue siempre su favorita*

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

© D.R. 2009 CONSEJO PARA LA CULTURA Y LAS ARTES DE NUEVO LEÓN¹
© D.R 2009 EDEBERTO GALINDO NORIEGA

CUIDADO EDITORIAL: ERIKA DEL ÁNGEL
CORRECCIÓN: MARTHA RAMOS
IMAGEN DE PORTADA: JESÚS LOZANO HIGA

IMPRESO EN MONTERREY, NUEVO LEÓN, MÉXICO

ISBN: 978-968-9384-17-5

Río ÁNIMAS

El concepto de esta obra parte del formato de una radionovela que se transmite y se va escenificando paulatinamente.

Álvaro Ruiz es el narrador de la historia y hace dos voces: la del tono nostálgico al narrar los acontecimientos, y la del tono coloquial y despreocupado como un personaje de la historia que él mismo está contando. Para distinguir estos dos momentos aparecerá: NARRADOR o ÁLVARO, según sea el caso.

Dos espacios básicos:

- La cabina de radio
- Cubículo-estudio donde se hacen y graban los efectos de sonido.

Otros espacios se irán señalando en el transcurso de la obra. El escenario estará vacío en un principio y la escenografía se irá montando en el desarrollo de la historia, conforme el NARRADOR va describiendo los lugares.

ÚNICO ACTO

En oscuro.

Se escucha la búsqueda de señal de la banda de radio. Algunas interferencias poco inteligibles. Finalmente se encuentra una estación de señal clara. Se escucha soplar un viento muy fuerte que lentamente va pasando a segundo plano para dar espacio a la voz del NARRADOR.

NARRADOR: *(Todo oscuro.)* Esta es la historia maldita de una tierra maldita, que se fue secando entre las manos, los ojos y la boca. Dios parecía vela de cebo, con su lánguida llamita que se apaga ante la agonía de recuas enteras. A los niños se les iba borrando la risa y el tiempo, como si se hubieran ido volviendo fantasmas que lloran una muerte que se anticipa.

Por unos segundos se deja escuchar el silbido del viento en primer plano. Luego vuelve a pasar a segundo y el narrador continúa.

NARRADOR: Es la historia de una sequía que duró cinco años en Río Ánimas, municipio de Batorcas. El corazón de la tierra dejó de latir y comenzaron a caer, ahí, en la parcela, confundidos con la tierra ceniza, muertos: Chema, don Irineo Miramontes, Clementina Rodríguez, el Chito Javalera, Edelmira, que cayó cuando estaba sepultando a sus dos hijos. El miércoles aquel cayeron ahí en la plaza, secos por dentro, Fausto Muñoz y el Menonita. Uno a uno se fueron muriendo

todos. Aunque como decía el ingeniero Rivera: nomás caían, muertos ya estaban desde antes.

Va saliendo el efecto del viento. Entrando de segundo a primer plano la carrera de un hombre sobre camino de terracería. Se oye respiración agitada. La carrera de otros tres que lo persiguen permanece en segundo plano. Se escucha su jadeo al respirar.

SUJETO 1: ¡Párate güey...! ¡Párate!

SUJETO 2: ¡Tírale, tírale!

SUJETO 3: ¡Se nos va a pelar...! ¡Dispárale güey... dispárale...!

SUJETO 1: ¡Aquí te vas a morir, cabrón...!

Se escucha un disparo pero la carrera continúa.

SUJETO 3: ¡No le diste! ¡No le diste...!

SUJETO 1: ¡Está muy oscuro y se mueve mucho el méndigo!

SUJETO 2: ¡Tírale otra vez! ¡Vacíasela toda!

Se escuchan tres detonaciones seguidas. A la tercera detonación se oye, en primer plano, un cuerpo caer sobre la tierra. Aquí por primera vez entra luz en el escenario. De noche. David está tirado y respirando fuerte y rápido. Se queja.

SUJETO 3: (En off.) ¡Ya no puedo correr! (Se oye que se detiene hasta pasar a tercer plano.)

SUJETO 2: (Entrando muy agitado y respirando con dificultad por la carrera.) ¡Le diste...! ¡Le diste!

SUJETO 1: (Entrando, con el arma en la mano.) ¿Está muerto...?

SUJETO 2: (Se acerca a David y lo mueve con un pie.) Parece que no.

DAVID: (Se queja por la herida.)

SUJETO 2: ¡Todavía está respirando el cabrón!

SUJETO 1: (Acercándose.) No que no te parabas, ¿eh? ¡Hijo de tu pinche madre...!

SUJETO 2: ¡Remátalo de una vez!

SUJETO 1: Ya vacié toda la fusca. Pero aí consíguete una piedra bien grande pa' tronarle la cabeza. Verás que chingón se ve cuando le saltan los ojos.

DAVID: (Con palabras cortadas.) Ya me quitaron el camión. ¡Ya no traigo nada! Por favor... ¡estoy herido...!

SUJETO 2: ¡Pa' qué corres...! Hasta 'orita no se nos ha pelado nadie vivo y tú no vas a ser el primero, ¡pendejo!

SUJETO 3: ¿Qué... ya lo remataron?

SUJETO 2: (Escrancándole las bolsas del pantalón.) Espérate... déjame ver por qué corría tanto este bato. (Saca billetes.) ¡Mira nomás...! ¡Con

razón! ¡Anda bien forrado el muchachito!
¡Puros dólares trae el güey... 'ira, 'ira no-
más...! (Pausa.) Hasta estos pantalones están
así, como pa' mí. ¡Y las botas! (Le quita las botas
y el pantalón.)

SUJETO 3: (Sorprendido.) ¡Oye...! ¡¿A poco ahí esta
ya la carretera...?!

SUJETO 1: (Sorprendido también) ¡Oye sí...! ¡¿A
poco corrimos tanto?!

DAVID: (Ya en pura truza.) Tttengo ffffrío...

SUJETO 2: ¡Ahorita te lo vamos a quitar. güey,
pero pa' siempre!

SUJETO 1: (Frotándose las manos.) ¡Aaay! ¡Mén-
digo friito cabrón! A ver, tráiganse pues la
piedra. ¡Orita verán cómo truena fregón
el cráneo!

SUJETO 3: ¡Qué piedra ni qué nada! ¡Vámonos,
orita se congela aquí solo! ¡No vaya a pasar
alguien, casi estamos en la carretera!

SUJETO 1: ¡No seas porfiado! ¡Nunca nos han
agarrado porque no dejamos a nadie vivo!
¡Tráete la pinchi piedra!

SUJETO 3: ¡Va a pasar un carro! ¡Ya se ven las
luces de los faros...! ¡Vámonos!

SUJETO 2: ¡Vamos a esperar que pase el carro!

Ruido de un vehículo acercándose.

SUJETO 3: ¡Ahí viene! ¡Ahí viene!!

*Repentinamente David se incorpora y corre rengueando,
alcanza la carretera. Va en pura truza.*

SUJETO 2: Se nos quiere pelar el muchachito...

SUJETO 1: ¡Déjalo! ¡Déjalo! ¡Orita que pase el ca-
rro vamos por él. Al cabo qué tanto puede
correr, va herido de una pata.

SUJETO 3: ¡Agáchense... a'i va a pasar!

*Los tres sujetos se agazapan tras algún matorral. David,
corriendo por proscenio con dificultad, hace señas con los
brazos desesperadamente al vehículo que pasa.*

DAVID: (Con voz ahogada.) ¡Auxilio...! ¡Auxilio...!
¡Deténganse...! ¡Deténganse!

*Se ven pasar las luces del vehículo que pasa sin detenerse.
David cae. Llora.
Oscuro*

II. BALLEZA

En oscuro.

NARRADOR: Veníamos bajando de Guachochi en el mueble del *inge* Rivera. Habíamos ido por el dinero de unos animales que nos compró el viejo Pablo Holguín.

Entra en segundo plano el ruido de la vieja troca sobre la carretera.

NARRADOR: ¡Hacía un frío endemoniado! ¡Se metía por la nariz, llegaba hasta los huesos y congelaba el alma! Nueve o diez grados bajo cero. Ese frío puede matar a un hombre en media hora... o menos. Era el 20 de diciembre de 1992. Habíamos parado a cargar gasolina en la estación del árabe, ahí en Balleza...

INGE RIVERA: (Se escucha que se frota las manos.) ¡Aaah...! ¡Cabrón frijito que está haciendo!

NARRADOR: No habíamos avanzado ni cinco kilómetros ahí, en esa carretera que va de Balleza a Parral, cuando las luces de la troca alumbraron el lomo a aquel desdichado, que corría cojo de una pata y casi encuerado.

INGE RIVERA: ¡Ah! ¡Caray! ¡¿Viste eso?! ¡¿Lo viste, Álvaro?!

NARRADOR: Yo no le hice mucho caso y me seguí de largo. Se hablaba que por ese rumbo, del

camino que va de Balleza al Tule, habían asaltado a mucha gente.

INGE RIVERA: ¡Párate! ¡Párate!

ÁLVARO: ¡'Tá loco ingeniero! ¿Sabe lo que dicen de ese camino?

INGE RIVERA: ¡Párate! ¡Ese muchacho va herido!

ÁLVARO: ¡Está loco ingeniero! ¡Peligro y sea un cuadro y nos asalten! ¡Traemos el dinero de las reses!

INGE RIVERA: (Enérgico.) ¡Que te pares, te digo!

Se escucha el ruido de la troca frenando con la transmisión. Luego la puerta del copiloto abrirse. Despues los pasos apurados sobre la grava suelta en la orilla de la carretera.

ÁLVARO: (Sentenciando.) ¡A ver 'orita que nos pongan la pistola en la cabezota! ¡Pero es muy necio el cabrón ingeniero!

Va entrando gradualmente luz de noche. David se arrastra en el suelo. Inge Rivera entra cauteloso y se acerca hasta David.

INGE RIVERA: (Un poco en susurro.) ¿Qué te pasó muchacho?

DAVID: ¡Me quieren matar...!

INGE RIVERA: (Gritando fuerte.) ¡Álvaro...! ¡Tráite la pistola...!

Se escucha el chirrido de la puerta abrirse y volver a cerrarse. Luego la carrera de Álvaro sobre la grava suelta de la carretera.

INGE RIVERA: ¡Todavía andan por aquí...?

DAVID: (Titiritando.) Aaahí eeestán escon... condidos. Se quedaron sssin balas. Ssson tres...

ÁLVARO: (Entra. Trae una lámpara de mano y la pistola.) ¿Qué pasó, inge...?

INGE RIVERA: ¡Dispara al aire! ¡Dispara al aire!

ÁLVARO: ¡Pa' qué inge? ¡Por qué?

INGE RIVERA: ¡Pa' que sepan que estamos armados!

ÁLVARO: (Hace dos disparos al aire.) ¡A ver si no salen 'orita con cuernos de chivo y nosotros con esta pistolita cagada!

DAVID: Se quedaron sin parque... (Se queja.)

INGE RIVERA: ¿Narcos...? ¿Son Narcos?

DAVID: No. Mmme aaasaltaron.

ÁLVARO: (Echándole luz de linterna a David.) ¡Mira nomás...! ¡Te dejaron encuerado!

INGE RIVERA: Tenemos que subirlo a la troca. ¡Ayúdame Álvaro, le está dando hipotermia!

Entre los dos lo cargan y van saliendo de escena.

INGE RIVERA: (Al salir.) Traes un plomazo en la perrina. (Salen.)

Oscuro. Se escucha cuando suben a la troca, cuando cierran las puertas y cuando se pone en marcha el motor y toman la carretera.

INGE RIVERA: Déjame hacerle una cobija con estas garras. (Pausa.) ¡Nomás aguanta, bato! No te nos vayas a dormir porque dicen que es peor. ¡Pícale, Álvaro! ¡Tenemos que llegar a Parral antes de que se nos muera este muchacho!

Se escucha raspar la transmisión de la troca.

ÁLVARO: ¡No lo mueva mucho ingeniero! ¡No es una res!

DAVID: ¡Aaah! ¡Mmmi pi...pierna...!

ÁLVARO: ¡Hijos de la fregada! ¡Cómo me hubiera gustado que salieran pa' darles en toda su máuser!

INGE RIVERA: ¿Cómo te llamas?

ÁLVARO: ¡Eso inge: hábile, hábile!

DAVID: Deived.

ÁLVARO: ¿Deived...? ¿David...?

DAVID: Sí.

INGE RIVERA: ¡'Orita llegamos. En unos cuarenta minutos estamos en Parral.

DAVID: Me asaltaron.

ÁLVARO: Son raza de Durango. ¡Nomás se pasan pa' cá p'andar chingando gente!

INGE RIVERA: ¡Písale, Álvaro! ¡Písale!

ÁLVARO: Su pinche troca no da pa' más ingeniero. ¡Traigo toda la pata dentro!

INGE RIVERA: Tú no eres de aquí, ¿verdad?

DAVID: Nací en Casas Grandes pero... tengo mucho tiempo ya viviendo en Miniápolis, Minessota.

INGE RIVERA: Eso está muy al norte, ¿no?

Entra especial en proscenio. Álvaro entra al especial como el narrador.

DAVID: (En off.) Gracias... ppensé que... que no iban a detenerse.

NARRADOR: Me volví a ver las maniobras del inge Rivera. Rompió una camisa suya y le hizo un torniquete en la pierna. El inge, como buen ranchero, sabía de esas cosas. Vi cómo le tocaba la frente pa' ver si no traía ya... la fiebre, esa, de la muerte. Lo vi darle él mismo, en la boca, un poco del café que traíamos en el termo. Lo vi tratando desesperadamente de mantenerlo vivo. Dentro de su rudeza, el inge era un hombre bueno, generoso, solidario. Me reí pa' dentro, pa' mí mismo, pues. Era bueno contar con un amigo de ese calibre.

INGE RIVERA: (En off.) ¡Heyt! ¡Muchacho! ¡Despierta! (Pausa.) ¡Ya casi no respira, Álvaro! ¡No le oigo el resuello! ¡Ni se lo siento siquiera...! ¡Se nos está muriendo...!

NARRADOR: El inge lo abrazó pa' darle calor, como si fuera un pariente, como si fuera un hijo. Cómo va a saber uno las cosas. Como se van acomodando así, solas. Como si algo nos fuera poniendo a todos en el lugar que vamos. Ahí... herido, solo... temblando de frío y empapado de su propia sangre; acurrucadito entre el inge Rivera y yo... iba la mitad del amor más grande del mundo. La otra mitad estaba allá... en Río Ánimas... municipio de Batopilas.

Entra música de fin de capítulo. Va saliendo el especial hasta el oscuro.

Voz: (En oscuro.) ¿Morirá Deived...? ¿Alcanzará a llegar vivo a Parral? No se pierda mañana el siguiente capítulo de *Río Ánimas, la historia de amor más grande del mundo*.

III. LA CABINA

Entrando gradualmente luz a Cabina.

LOCUTOR: Cuando son las seis con once minutos de la mañana y antes de irnos a corte, mandamos un saludo a nuestros compatriotas alemanes... del Campo Menonita número 19... allá por los linderos de Rubio... en esta... fría mañana de noviembre, aquí, en Cuauhtémoc, Chihuahua. Volvemos...

Entra comercial con voces grabadas; luz de cabina baja intensidad.

Voz 1: Entonces qué, chula: ¿va a andar conmigo, pues?

Voz 2: Oiga don Ramiro, ¿cuántas veces le he dicho que no?

Voz 1: Pos como una vez me hizo guardar esperanzas...

Voz 2: ¿Guardar esperanzas? ¿Y dónde se las guardo?

Voz 1: ¿Entonces no...?

Voz 2: ¿Qué parte de *no*, no entendió? ¿La "n" o la "o"?

Voz 3: ¡Si le van a dar puritito chorizo... procure que sea el mejor! Chorizo *La Sierra*, ¡el mejor chorizo! De venta ahí con don Héctor Palma, en *La Morenita*.

Entra promocional de la estación. Sube intensidad en luz de cabina.

LOCUTOR: Siguen siendo las seis con once minutos de la mañana en éste... el primer día del resto de nuestras vidas.

Recibimos un telefonema de la familia Magallón, de por allá del rumbo de Bachíniva, y queremos mandarle un saludo por su onomástico a los niños Ramoncito y Miguelón, ¡felicitaciones!

Hoy presentaremos el segundo capítulo de nuestra radionovela *Río Áimas, la historia de amor más grande del mundo*. Pero antes queremos dar un aviso importante: Si nos escuchan por allá por la ciudad de Chihuahua, especialmente el señor Rafael Rodríguez Rascón, o si alguien pudiera avisarle que su mamá, doña Elisa, se encuentra un poco malita en Uruachic y se requiere su presencia. Que no se vaya a preocupar, no es nada grave, pero... de todos modos que se traiga el tacuche negro... por si acaso.

Bueno, como no hay tiempo que no se llegue ni plazo que no se cumpla, hoy presentamos el segundo capítulo de: *Río Áimas, la historia de amor más grande del mundo*. ¡Una radionovela a *full color*...! Y qué mejor *full color* que el de nuestra propia imaginación... ¡Adelante!

Saliendo gradualmente luz de cabina. Comienza música de entrada. Fade out en música de entrada.

NARRADOR: (En oscuro.) Logramos llegar a Parral en veinticinco minutos. Lo atendieron en la Cruz Roja y de ahí lo pasaron al hospital

General del gobierno del Estado. Con ganas de que hubieran internado también la troca del inge Rivera, que llegó casi desvielada. El inge no quiso irse hasta saber que *Deived* estuviera fuera de peligro. Gracias a Dios la herida no era de mucho cuidado y lo descharon la siguiente mañana. Lo dieron de alta pues.

Nos pidió que lo lleváramos a la capital del estado. Tenía que arreglar lo de sus tarjetas del banco que le habían robado, mandar pedir más dinero y comunicarse a su trabajo. Como la herida era de bala, tuvimos que declarar en el Ministerio Público y esperar que *Deived* estuviera en condiciones para hacer su declaración y no nos inculparan ni al inge ni a mí. Así que perdimos todo el día.

La mañana siguiente almorcamos en el "Moreira's", un viejo y concurrido café en el centro de Parral.

Va entrando luz en el Moreira's. Los tres sentados en la mesa. Almuerzan.

ÁLVARO: ¿Que de allá de donde vienes no está muy de a tiro al norte?

DAVID: Sí. El estado de Minesota hace frontera con Canadá.

ÁLVARO: ¿Y qué haces allá?, tan lejos.

DAVID: Allá trabajo.

INGE RIVERA: ¿Y qué andas haciendo hasta acá..., por estos rumbos? ¿De dónde venías? ¿Qué

andabas haciendo cuando... pues cuando te asaltaron estos cabrones?

DAVID: Venía de Valle de Rosario. Andaba buscando nogales...

ÁLVARO: ¿Sonora...?! ¡Nogales Sonora?!

DAVID: ¡No, no! Nogales, árboles de nogal. Árboles de nogal enfermos.

ÁLVARO: ¡Ah, cabrón! ¿Cómo que enfermos?

DAVID: Hay unos nogales enfermos que les crece un tumor en la raíz, y sale a flor de tierra.

ÁLVARO: ¿Y tú los curas o qué...?

DAVID: No, no. Ese tumor a veces es muy grande y es... como una madera muy fuerte, muy dura, como el fierro

INGE RIVERA: ¿Y luego qué... los estudias? ¿Eres botánico?

DAVID: Se los compro a los dueños. Según el tamaño es el precio. Va de trescientos, quinientos y hasta mil quinientos dólares cada uno.

INGE RIVERA: ¿Dólares?

DAVID: (Afirma con la cabeza.)

INGE RIVERA: ¿Y luego? ¿Qué haces con ellos o qué?

DAVID: Yo se los vendo a la General Motor Company de Miniápolis. Con esa madera hacen molduras para los carros de lujo, molduras interiores, tableros y otras cosas.

ÁLVARO: ¿Y en Valle de Rosario encontraste a alguno?

DAVID: Traía tres en el camión, no eran muy grandes. Es difícil encontrarlos y a veces la gente no quiere venderlos. Es... es mucho tiempo el que se invierte en un nogal; para que madure un nogal se lleva como diez años y las personas no se quieren deshacer de ellos, sobre todo en nogaleras chicas.

ÁLVARO: Oiga, inge... ¿que los árboles que doña Clementina tiene allá en Río Ánimas no serán de esos? Ya ve que tienen una bolota abajo.

INGE RIVERA: Heyt... puede que sí.

DAVID: ¿En dónde?

INGE RIVERA: De allá de 'onde venimos. Así se llama, Río Ánimas, es municipio de Batopilas. ¿Tú conoces por allá?

DAVID: No. ¿Está muy lejos?

ÁLVARO: ¡Uuuhh! ¡No, hasta la punta de la frengada!

DAVID: ¿Y como cuántos árboles tiene la señora esa?

INGE RIVERA: ¿Qué serán, Álvaro...? ¿Unos seis...?

ÁLVARO: Heyt... más o menos, unos seis.

DAVID: Pues... si me acompañan a Chihuahua y... mando pedir un poco de dinero y bueno... compro algo de ropa y arreglo lo de mis tarjetas del banco y... si quieren me voy con ustedes.

INGE RIVERA: ¿Qué no tienes miedo después de lo que te pasó?

DAVID: Pues sí, pero es mi trabajo. No puedo regresar a Miniápolis sin nada. Y si son seis árboles... pues vale la pena ir hasta allá.

INGE RIVERA: Necesitas un poco de reposo por lo de tu pierna, ¿no?

DAVID: ¿No quieren llevarme? Le... les pago.

INGE RIVERA: No, no es por eso. Allá... tú no conoces allá. No hay servicio de clínicas ni nada... si se te infecta la herida...

ÁLVARO: Pos se la mochamos inge. Ya ve que Fausto es bueno pa'mochar patas.

INGE RIVERA: (Se ríe por la broma de Álvaro.) Bueno pos... mira, te llevamos a Chihuahua y aí la vas pensando, según como tú te sientas, ¿no? Por nosotros no hay problema.

Entra especial en proscenio. Álvaro se levanta de la mesa y se dirige al especial. David y el inge Rivera siguen conversando.

DAVID: En unas tres horas arreglo todo y nos vamos, para no hacerlos perder mucho tiempo.

INGE RIVERA: No, si de todos modos nosotros tenemos que ir a la Secretaría de Desarrollo Rural a ver lo de unos canales de riego...

Comienza a salir gradualmente luz de la mesa del Moreira's.

NARRADOR: Cómo el destino va acomodando las cosas sin que nos demos cuenta. La casualidad no lo es tanto si nos ponemos a ver la vida de los demás como si fuera una película. Los dos estaban en puntos tan remotos que, si lo hubieran planeado, nunca se hubiesen encontrado. Eran las dos mitades del amor más grande que hayamos imaginado jamás.

Entra música de fin de capítulo. Oscuro.

IV. EFECTOS ESPECIALES

Luz en cabina.

LOCUTOR: Siguen siendo las seis con once minutos de la mañana, en éste... el primer día del resto de nuestras vidas. Con mil quinientos megahertz de amplitud modulada, Radio Norteña transmite para toda la sierra de Chihuahua y planetas circunvecinos, desde Cuauhtémoc: La voz de la radio.

Comienza a entrar luz en el cubículo donde se hacen y graban todos los efectos de sonido. Ahí se observan todos los elementos con los que se producen los sonidos y los efectos de la radionovela: un triángulo, la vieja puerta de la troca del inge Rivera, una lámina para los truenos de tormenta, un palo de lluvia, una pequeña superficie para los pasos sobre la grava suelta, etcétera.

Un par de micrófonos de pedestal para los actores que leen sus líneas directamente del guión.

LOCUTOR: Oyendo la novela de Río Ánimas, estaba yo acordándome de *Porfirio Cadena: el ojo de vidrio*. ¡Mi abuela no se la perdía! En aquellos tiempos no estaban permitidas tantas palabrotas. Ahora tampoco, verdá, pero nada más espero que no nos cancelen la licencia. Antes de comenzar con el siguiente capítulo quiero mandar un saludo muy cariñoso a Lorena, de allá de Bocoyna, a ver si me está sintonizando. Voy por allá el fin de semana a ver si me paga una vieja deuda...

Vamos a un pequeño mensaje y volvemos.

SUJETO 2: (En cubículo, frente al micrófono modulando la voz.) ¡Para las reumas, para la artritis, para ese achaque de los bochornos de la menopausia: cartílago de tiburón! Para los niños, para esos chamacos vagos e inquietos, para fortalecer su sistema inmunológico, Laboratorios Camacho le recomiendan aceite de hígado de bacalao. Recuerde que Laboratorios Camacho ponen a su disposición la uña de gato. Si padece usted de diabetes, Laboratorios Camacho ya cuentan con extracto de baba de nopal; pomada de tepezcohuite para las quemadas; para dolores musculares pomada de víbora de cascabel; para las cicatrices, manchas de paño, marcas de acné, ya contamos con baba de caracol; tenemos también jugo de Nori para la digestión, para la obesidad, para bajar de peso. Laboratorios Camacho ofrecen puros productos naturales.

LOCUTOR: (Con voz engolada.) Radio Norteña presenta: su radionovela ¡Río Áimas, la historia de amor más grande del mundo! Desde Cuauhtémoc, Chihuahua.

Comienza música de entrada. Oscuro muy breve. Entra luz en cubículo de efectos. Narrador frente a uno de los micrófonos de pedestal; Élida y Felipe un paso atrás del otro micrófono. Los tres leerán directamente del guión.

NARRADOR: Desde hacía muchos años, desde siempre, desde antes de siempre; desde el hallazgo de las mandrágoras con las que se cultivó la superstición de lo sagrado; desde antes de los cuatro cipreses en el camposanto de nuestros muertos, desde entonces, Felipe ya

estaba enamorado de la Élida. A pesar de la diferencia de edades en la infancia, cuando apenas él era un lepe chorreado con el moco colgando en la nariz y ella, una adolescente por la que asomaba la magnitud de su carácter y el extraño matiz de su belleza. Extraño, digo, porque era distinta. Su pinta no corresponde al bronce del que estamos hechos. Élida... Élida Malaxechavarría. El ingeniero Rivera dijo que era un apellido vasco.

ÉLIDA: (Arrimándose al micrófono.) ¿Por qué tenías que citarme aquí? ¡Precisamente en el panteón...! ¿Quieres que los muertos sean testigos de este amor inconfesado que vas a confesarme...?

NARRADOR: Más que la turgencia, más que sus pechos fabulosos o su cabello cayendo como una cascada por su espalda, era la voz, clara y firme lo que lo ponía nervioso. Ese tono casi inapelable en las palabras parecía zarandearlo como a un trapo viejo.

FELIPE: (Arrimándose al micrófono.) No, no los muertos. Te cité aquí por el único ciprés que queda. Dicen que antes eran cuatro. Dicen que es el único árbol que no se pudre. Dicen... que aunque se seque, su tronco siempre parece vivo.

ÉLIDA: Me citaste aquí para hablar de los cipreses...?

FELIPE: Quería jurarte que te quiero, aquí, bajo el ciprés.

NARRADOR: Una suave ráfaga del viento le ondeó el castaño de su pelo mientras sus ojos

grandes se clavaron como agujas en la mirada del muchacho. No lo soportó y arrastró su propia timidez por la tierra santa del panteón.

ÉLIDA: A ver... júramelo.

FELIPE: Te lo juro, Élida, te quiero... mmmás que a... a mí mismo.

NARRADOR: Una parvada de gorriones que llegaba del norte para refugiarse en el trópico de Batopilas semejaba sus propias premoniciones. Felipe sabía que aquella declaración del amor por la Élida significaba un suicidio... o salvarse... o salir ilesa de sus propias ilusiones.

ÉLIDA: Tú no eres el amor de mi vida.

NARRADOR: Aquellas palabras cayeron pesadas como una lápida, asfixiando el latido de su corazón que... latía muy rápido y muy fuerte como si en clave morse estuviera pidiendo auxilio.

FELIPE: Ya... ya lo sé. Ya lo sé.

ÉLIDA: ¿Entonces por qué me lo dices? ¿Para qué me lo dices?

FELIPE: P... por... porque te... tenía que decírtelo.

ÉLIDA: ¿Aquí junto al ciprés?

FELIPE: Aaquí ju...junto al ciprés.

ÉLIDA: Bueno, ya me lo dijiste. Nadie se me había

declarado. Bueno... creo que el Menonita una vez pero... me lo dijo todo en alemán y no le entendí ni madre.

FELIPE: Quiero casarme con... contigo.

ÉLIDA: Soy siete años mayor que tú.

FELIPE: Sséis y... y medio.

ÉLIDA: ¿Y si me caso contigo, y si un día llega el amor de mi vida?

FELIPE: No entiendo... ¿qué...qué qui... quieres decir?

ÉLIDA: ¡Eso! ¡Quiero decir eso! ¡Que si me caso contigo y ya estando matrimonios aparece un zutano que resulta ser el amor de mi vida,... qué va a pasar...?

FELIPE: Nnno eeentiendo.

NARRADOR: Desde esquincla, la Élida guardó esa esperanza. Muy dentro, el sueño del gran amor se le fue haciendo una especie de fósil. Algún día entraría por esa, la única calle tregosa de Río Ánimas, ¡el gran amor de su vida! Élida aceptó casarse con Felipe con esa condición: si casados llegaba el gran amor de su vida ella iba a dejarlo, tuvieran hijos o no. Él aceptó esa condición. Incluso ella lo hizo firmar un papel en el que se comprometía a dejarla ir sin escándalos, sin rencores y sin oponer resistencia alguna. Hasta en un agregado en ese contrato hecho a mano en una

hoja de papel escrita de puño y letra lo comprometía a:

ÉLIDA: ...Y si vas a llorar por mí, no quier verte. ¡Quiero irme con él sin ningún maldito remordimiento! Si vas a llorar, vas a llorar solo. Aquí, como un hombre, bajo el ciprés vas a sepultar el amor y la historia del amor que hayas logrado tener por mí.

FELIPE: Sí, Élida. Te lo juro.

NARRADOR: Se fueron caminando hasta el pueblo. Esa fue la última vez que vimos llover en Río Ánimas.

Entra efecto de lluvia.

NARRADOR: Felipe llegó todo empapado a mi casa y emocionado me platicó todo con lujo de detalles. Había un precioso gesto de victoria en su cara que casi me dio envidia.

ÁLVARO: ¡Mira nada más cómo vienes, reca-brón! ¡Pásale!

FELIPE: ¡Qué chulo está lloviendo!, ¡no, Álvaro?! Mira nada más qué rico aguacero está cayendo. ¡Bendito sea Dios! Yo creo que está celebrando conmigo.

ÁLVARO: ¡Ya pásale y cierra la puerta!

Se escucha cerrar la puerta y luego la lluvia cayendo sobre el techo.

FELIPE: ¡Me caso, cabrón...! ¡Me caso con Élida...!

NARRADOR: Brincaba como chapulín por toda la casa. ¡Era como un niño! Él mismo no podía creer que la Élida lo hubiera aceptado ya.

FELIPE: (Con júbilo.) ¡Bendito ciprés... benditos los álamos y los llorones, los pitayos y los sauces! ¡Benditos los muertos, los limoneros y naranjos!

NARRADOR: ¡Se puso como loco...! Salió corriendo de la casa y se revolcó en el lodazal del patio. ¡Gritaba y reía como un niño!

FELIPE: (Eufórico.) ¡Bendito seas Batopilas...! ¡Te amo...!

NARRADOR: Ya un poco más tranquilo me platicó del trato que había hecho con ella.

FELIPE: ¡...Pero tú crees...?! ¡Cuándo va a llegar un zutano a este pueblo jodido! ¿Quién demonios sabrá que existimos?! ¡Nunca, Álvaro! ¡Nadie llega nunca a este pinche pueblo olvidado: ¡Nunca!

Oscuro. Entra música de fin de capítulo.

LOCUTOR: (Con voz engolada) Con mil quinientos megahertz de amplitud modulada, Radio Norteña transmite para toda la sierra de Chihuahua, desde Cuauhtémoc: La voz de la radio.

V. Río ÁNIMAS

Entra luz en cabina.

LOCUTOR: Cuando son las seis con treinta y un minutos de la mañana en éste, el primer día del resto de nuestras vidas, presentamos *Río Ánimas, la historia de amor más grande del mundo*. ¡Adelante!

Música de entrada. Sale luz de cabina. Entra especial en cubículo de efectos.

NARRADOR: La inmensa geometría de Chihuahua nos vuelve tan remotos, tan distantes. Como si Dios hubiese dotado a cada pequeño punto de su propia dosis de abandono.

Desde el desierto impresionante de las dunas, allá, al polo norte de Chihuahua, justo frente al imperio; la planicie espléndida del Valle de Zaragoza; la altiplanicie de la sierra de Babícora que asemeja otro planeta de hermosura inusitada. Hasta sus abismos de profundidades infinitas, en las barrancas de Urique, contempladas por tarahumaras que sobreviven bordeando a Cerocahui; desde los restos de la historia de Casas Grandes y los restos del mar que fuimos en el cañón de Pehuis, allá rumbo a Ojinaga. Desde allá hasta la tropical rivera de Chinipas, al fondo de Uruachic o al final de Batopilas... en aquel descenso infernal para llegar a nuestros pequeñísimos retazos de gloria.

Entra efecto de viento.

NARRADOR: Río Ánimas es apenas tan diminuto, como un suspiro apenas que sugiere un suspiro verdadero. Como un segundo apenas suspendido en la punta de un instante donde el tiempo se detuvo.

Empieza a entrar luz en el escenario.

NARRADOR: Río Ánimas está al borde del precipicio al que uno se arroja para llegar a Batopilas. Arriba el viento sopla helado. Abajo sólo hace falta cerrar los ojos para oír el mar. Tiene su capilla como cada pueblo... con su atrio, su torre y su campana...

Sujeto 1 y 2 metiendo apuradamente la fachada de una capilla.

NARRADOR: ...eso no nos haría diferentes a cualquier otro pueblo... sólo que a un párroco se le ocurrió una vez pintar la capilla de un escandaloso rosa mexicano...

SUJETO 1: (Al sujeto 3.) ¡Te dije güey...! ¡Te dije que era rosa! ¡Tráete la pintura, en chinga!

Sujeto 3 sale apurado y regresa con brochas y una cubeta de pintura rosa. Ambos, sujeto 1 y 3 comienzan a pintar la fachada de la iglesia.

NARRADOR: Frente a la capilla, la plaza, con su quiosco cuadrado y su techo redondo de teja. Justo frente a la capilla, la única banca ilesa.

SUJETO 1: (Apurado.) ¡Tráiganse la banca...! ¡La banca!

SUJETO 2: *(Entra apuradamente con la banca y la coloca frente a la capilla.)* ¿Ahí está bien...?

NARRADOR: Junto a la banca ilesa un ileso árbol de mora macho...

SUJETO 2: *(Sin dejar de pintar.)* ¡El árbol, güey... tráete el árbol ya!

SUJETO 3: *(Sale y regresa con el árbol, lo coloca a un costado de la banca.)* ¿Éste es...?

SUJETO 2: Tenía que ser de mora... ¡Pero así déjalo ya!

NARRADOR: En esa banca, todos los domingos se sentaba Chema y tocaba al mismo tiempo la armónica y la guitarra...

SUJETO 3: ¿Ahora qué hago...? ¿Meto a Chema?

SUJETO 1: ¡Tú eres Chema, güey! ¡Siéntate en la banca!

SUJETO 3: *(Se sienta.)* ¿Así nada más?

SUJETO 2: ¿Y la guitarra, pendejo?

SUJETO 1: ¿Y la armónica?

SUJETO 3: *(Sale corriendo y vuelve a entrar con la guitarra que lleva la armónica pegada)* ¿Es ésta...?

SUJETO 1: ¿Viste otra...?

SUJETO 3: No... pos no.

SUJETO 2: ¿Y el sombrero? ¿Y la botella?

SUJETO 3: ¿Cuál sombrero? No ha dicho nada de sombrero ni de botella.

NARRADOR: Sólo hacía una pausa para acomodarse el sombrero de paja y beber un largo trago de la botella...

SUJETO 2: ¿Ya viste cuál sombrero y cuál botella? ¡Eh!? ¡Pendejo!

SUJETO 3: *(Sale y entra apuradamente con la botella y poniéndose el sombrero... se sienta en la banca.)*

NARRADOR: Siempre cantaba la misma canción. Y parecía que siempre se la cantara a ella.

SUJETO 3: ¿Ya canto...?

SUJETO 1: ¡Espérate!

NARRADOR: Élida y Felipe habían tenido un hijo: Alejandro. Había cumplido recién los cinco años. Cada domingo, al salir de misa con su hijo de la mano, se quedaba un buen rato ahí, mirando la única calle terregosa que entraba al pueblo, como esperando ver entrar al amor de su vida... Ahí se quedaba, muy seria. A veces, silenciosa, se le escapaba una lágrima... pero ahí se quedaba, casi sin parpadear, con su reboso sobre los hombros y su cabello... cayéndole como cascada por la espalda... hasta que Chema terminaba su canción.

Sale luz del cubículo de efectos. Élida sale de la iglesia con su hijo de la mano. Sujeto 2 (Que ahora se llamará Chema.) empieza a cantar "La llorona".

CHEMA: (Cantando)

Te vi salir del templo un día, llorona
cuando al pasar yo te vi.

Hermoso huipil llevabas, llorona
que la virgen te creí...

(Canta acaso media canción)

Oscuro.

NARRADOR: (En oscuro) Luego se iba caminando con su hijo, despacio como si esperara que detrás de sus pasos la sorprendiera de pronto un milagro.

Entra música de fin de capítulo.

VI. EL HECHIZO DE LAS MANDRÁGORAS

Luz especial en cabina –sólo se ilumina la cara del locutor. Durante la intervención del locutor se levanta el comodín, detrás del cual ya estaba debidamente montada la escenografía.

LOCUTOR: Monturas, fuetes, chaparreras, botas, espuelas, sombreros; tahonas, hornillas. Lo que necesite: puertas, bisagras, aldabas; sogas, frenos; forraje, semillas, arado. Todo lo encuentra en "La Jerezana": hilaza, botones, agujas; manta, jerga, chifón, espiguilla. Encuentre todo en "La Jerezana" ¡al mejor precio! Aquí lo esperamos, donde le brindamos la mejor atención! Aquí, en Cuauhtémoc, Chihuahua, las seis con treinta y un minutos en esta... fría mañana de noviembre. Radio Norteña transmite para toda la sierra de Chihuahua y planetas circunvecinos, con mil quinientos megahertz de amplitud modulada.

Entra música en inicio de capítulo. Saliendo gradualmente luz de cabina, truenos, relámpagos que iluminan de manera intermitente el escenario.

NARRADOR: Las equipatas son las lluvias de enero. El agricultor con siembras de temporal las espera como una bendición. Con ellas se puede salvar precisamente una cosecha, sobre todo después de haber tenido una mala temporada de lluvias.

Con luz de relámpagos se observa a personas correr de un lado a otro con cierto apuro.

FAUSTO: (Gritando fuerte para superar el sonido de los truenos.) ¡Las represas...! ¡Se rompieron las represas!

IRINEO: (Es el mismo que hizo de Sujeto 1.) (También a gritos.) ¡Se cayeron los postes del Chito Javalera...! ¡Avísenle que se le cayeron los postes!

FAUSTO: ¡Hay que ir a las represas...! ¡Ya se reventaron las cuatro!

IRINEO: ¡Dónde chingados está el Chito Javalera...!?

JAVALERA: (Entra muy apurado.) (Habla también a gritos.) ¡¿Qué pasó...?!

IRINEO: ¡Se te cayeron los postes de pozo, cabrón!

FAUSTO: Tenemos que ir a ver si por lo menos podemos salvar dos de las represas, los postes ya no tienen remedio, ¡vamos a las represas!

JAVALERA: ¡Ustedes vayan a las represas! ¡Yo voy a ver si puedo levantar los postes que han de estar en el canal de riego!

CLEMENTINA: (Entra corriendo y sale corriendo.) ¡Dejé los puercos en el pocito de la tinaja y se me van a ahogar...!

Se observa todavía a algunos atravesar apuradamente el escenario, entre gritos que se confunden con los fuertes truenos. Todo queda en oscuro y se escucha sólo la lluvia muy tupida. Poco después la lluvia amaina.

NARRADOR: Dos de las cuatro represas que habíamos construido se perdieron. Con el agua de las equipatas, no todos, pero algunos lograron salvar sus parcelas.

Entra luz de mañana en el escenario. Chema sentado en la banca de la plaza.

CHEMA: Mi 'apá me enseñó a liar los cigarros con una sola mano, así como le hacía el Tunco Maclovio, el papá de mi 'apá me enseñó a tocar dos instrumentos al mismo tiempo sin reburujarme. Un señor allá, abajo, de Batopilas, me enseñó que se canta mejor con unos ali-puces en la panza. Y una vieja mula me dijo cómo hacerle pa' no querer a ninguna vieja, ¡nunca! (Pausa. Bebe un largo trago de su botella.) Y una chavala que se vuelve fantasma los domingos... que se queda parada ahí, afuera-ta del templo mirando pa'llá... como si fuera un día a entrar un milagro levantando polvareda por esa camino tan terroso...

IRINEO: (Entrando.) ¡¿Qué haces aquí... pisteando a medio miércoles?!

CHEMA: Él es Irineo Miramontes. Dicen que en la parcela de su tata, cuando él apenas era plebe, así... sotaco y lépero, encontraron un chingo de niños enterrados en sus tierras.

IRINEO: ¡Eran las mandrágoras, Chema!

CHEMA: ¡Eran niños...! ¡Un chingo de niños que no nacían todavía!

IRINEO: Eran mandrágoras, pero la gente decía que eran niños de la tierra.

CHEMA: Hicieron un chingo de brujería con esas cosas, hasta el cabrón curita de la iglesia se vino enamorando de una tarahumara y se automatrimonió con ella. Tuvieron tres lepes chorreados.

IRINEO: Pero sigue oficiando misa; da la ostia y nos confiesa y nos bautiza y nos confirma.

CHEMA: Da los santos óleos y nos sepulta.

IRINEO: Imparte catecismo.

CHEMA: Y nos da la primera comunión... ¡y la última, el desgraciado! ¡Lo embrujaron con un niño de la tierra y él tuvo tres, el baquetón!

IRINEO: Con hijos y esposa pero es el único padrecito que quiso quedarse en este pueblo cuando Dios nos olvidó.

CHEMA: Estamos todos embrujados.

IRINEO: Ni le hagan caso. Son ideas que se hace la gente.

CHEMA: Hasta el pinche Menonita que un día llegó a vendernos queso y requesón se quedó en Río Ánimas... dicen que se enamoró de la Élida malaxe... quien sabe que chinga'os.

IRINEO: ¡Malaxechavarría!

CHEMA: ¡Pos esa madrel, que ni apelativo ha de ser.

IRINEO: Pero pos sí, se enamoró de la Élida.

CHEMA: Sabe Dios en qué pinche lengua pero se le declaró. ¡La Élida no le entendió ni media palabra! Pero pos pensamos que se le estaba declarando... nomás por los ojitos de borrego a medio morir que ponía el infeliz cuando le estaba hablando. Tenía una cara de idiota que hasta pena ajena nos dio a todos. ¡Pos claro: estaba todo embrujadote el baboso!

IRINEO: ¡Son puras figuraciones!

CHEMA: ¡Figuraciones, mis güevos! ¡Encontraron un niño de la tierra debajo de su catre!

IRINEO: Así se pone de necio y testarudo cuando toma.

CHEMA: ¡Es una maldición! Por eso ya no llueve en Río Ánimas.

IRINEO: En todo Chihuahua dejó de llover.

CHEMA: ¡Pero aquí más! ¡Ha caído agua en Cajurichi, en Ocampo y en Tomóchic...! ¡Acuérdate, Irineo! ¡Hemos visto aquí, en nuestras nárices, las pinches nubezotas! ¡Aquí las hemos visto flotando en el despeñadero y lloviendo en Batopilas! ¡¿Te acuerdas?!

IRINEO: Pues sí...

CHEMA: ¡Y aquí ni una méndiga gota! ¡Y allá abajo inundados los cabrones! ¡Allá abajo se dan hasta plátanos, mangos y papayas!

IRINEO: Pues sí, Chema; allá abajo, en Batopilas, ¡es trópico!

CHEMA: Sí. ¡Dicen que allá abajo nomás cierran los ojos y ven el mar! ¡Y aquí los cerramos y los abrimos y vemos más qué puritita madre!

IRINEO: Ya lloverá... ya lloverá, Chema.

CHEMA: 'Tamos embrujados... aunque no lo quieran creer, 'tamos embrujados.

SUJETO 3: (Entrando.) ¡Ya, ya! ¡Prepárense pa'l capítulo del domingo!

IRINEO: ¿Que no iba a entrar Fausto a interrumpirnos...? ¿Cuándo se le enfermó el hijo...?

SUJETO 3: Le picó una víbora coralillo...

CHEMA: Sí, lo que sea, pero ¿por qué no entró?

SUJETO 3: ¡Porque se le olvidó al baboso! ¡Pero ya no hay tiempo! Ya va a ser domingo.

IRINEO: ¿Nos quedamos aquí?

SUJETO 3: ¡Tú no, güey! Tú sales con todos los demás de la misa.

IRINEO: ¿Entonces me meto?

SUJETO 3: ¡Pos sí, meno! ¡Ni modo que salgas pa'dentro!

CHEMA: ¿Y yo...? ¿Que no me tengo que cambiar? ¿Ponerme guapo? ¡Mira cómo ando todo manchado de pintura! ¿y... este sombrero veracruzano? ¡No es de los que usan en el norte!

SUJETO 3: ¡Y qué...? ¿Quién va a verte? ¡Es una radionovela... meno! (Pausa.) ¡Listos en cabina...! ¡Ya va'ser domingo! ¡Listas las campanas de la iglesia! ¡Lista la puerta de la troca...! ¡Lista la canción!

IRINEO: ¿Que no va a cantar Chema en vivo...?

SUJETO 3: ¿Qué...? ¡Este güey no canta ni en la regadera!

IRINEO: Pero sí va a tocar la guitarra, ¿verdad?

SUJETO 3: ¡Si no toca ni las puertas! ¡Listos, ya vamos a empezar...!

Oscuro rapidísimo.

VII. LA JUNTA DE LAS DOS MITADES.

En oscuro. Se escuchan las campanas de la iglesia.

NARRADOR: Aquel domingo, como todos los domingos desde hacía seis años, Chema, con sus mejores ropa, con su mejor sombrero, arregladito como padrino el día del bautizo... lista su voz afinada por el brandy... listos sus dedos en diapasón de su guitarra... lista su pupila para ver a la Élida recortada en el umbral de sus augurios...

Entra gradualmente luz saliendo del interior del templo. Élida se recorta a contraluz con su hijo de la mano.

NARRADOR: Con su hijo detenido por su mano, lista ella... con su mirada fija en la única calle que entraba al pueblo... lista su lágrima, esa... que cada domingo se le caía de los ojos en simulado epitafio de su viejo sueño. Como si aquel domingo fuera el último de todos los domingos derrotados, la troca del inge Rivera entró por la única calle de Río Ánimas...

Entra efecto de troca acercándose.

NARRADOR: Deived entró caminando y se detuvo en la plaza. Entonces los dos se quedaron viendo... como medio siglo en un instante, ése, en el que a la vida le pareció justo para parir un milagro. Y Chema comenzó a cantar entonces.

CHEMA: *(Cantando.)*

"Te vi salir de templo un día, llorona

Cuando al pasar yo te vi.
 Hermoso huipil llevabas, llorona
 Que la virgen te creí..."
(Canta media canción.)

Fausto Muñoz sale al encuentro de Álvaro y el inge Rivera.

FAUSTO: ¡¿Qué pasó, ingeniero?! ¡Hace tres días que lo esperábamos!

INGE RIVERA: ¿Cómo anda todo por aquí...?

FAUSTO: ¡Secos, ingeniero! Seguimos secos. A ver si pa' las equipatas de enero... a ver si pa' las cabañuelas... a ver pa' Semana Santa.

INGE RIVERA: Nos entretuvimos con un asunto allá en Parral.

FAUSTO: ¿Y qué tanto trae ahí, en la troca?

INGE RIVERA: Pos los encargos de la gente. Ahí llegue a La Jerezana en Cuauhtémoc por un poco de forraje y algunas cosas pa' las viejas, cosas que me encargaron, pues.

Mientras Fausto y el inge Rivera conversan, se ve a Álvaro descargar la troca. Al mismo tiempo entra seguidor sobre David y Élida que platican en la entrada del templo. Algunas personas se acercan a ver las novedades que descarga Álvaro.

FAUSTO: ¿Y ese muchacho que viene con ustedes, quién es?

INGE RIVERA: Pos aí viene a ver los nogales que tiene Clementina Rodríguez en su patio... se los quiere comprar.

DAVID: ¿Cómo te llamas?

ÉLIDA: Élida. ¿Y tú?

DAVID: Deived.

ÉLIDA: ¿David?

DAVID: (Afirma con la cabeza.) ¿Es tu hijo?

ÉLIDA: Sí. Se llama Alejandro.

DAVID: Hola, Alejandro. ¿Cuántos años tienes?

ALEJANDRO: Cinco.

Luz general baja de intensidad. Seguidor con Élida y David que se desplazan a proscenio

DAVID: ¿Crees en el destino?

ÉLIDA: Sí.

DAVID: ¡No sabía que existiera éste pueblo pero... sabía que usted sí, en alguna parte... en algún lugar, no sé... en algún momento usted se iba a cruzar en mi camino o yo en el suyo, no lo sé... no sé muchas cosas pero... siempre, siempre supe eso!

ÉLIDA: ¡Qué escondida está a veces una persona, ¿no?! ¡Qué lejos!

DAVID: Sí. ¡Qué escondida está una persona y qué lejos está la otra!

ÉLIDA: ¿Cómo llegó usted aquí? Dicen que somos el último pueblo en el mundo.

DAVID: El destino... supongo.

ÉLIDA: ¿No piensa que llega un poco tarde?

DAVID: No sé. Usted dígamelo.

ÉLIDA: Tomé mis providencias.

DAVID: Se lo agradezco mucho.

ÉLIDA: No me dé las gracias.

DAVID: ¿Por qué?

ÉLIDA: Voy a lastimar a alguien y un remordimiento me hará lo mismo.

DAVID: Perdóneme, Élida, pero en el amor no hay ilesos.

ÉLIDA: (Lo mira largamente.) ¿De dónde es usted? ¿De dónde viene?

DAVID: Nací en un pueblo que se llama Casas Grandes, pero vengo de una ciudad que se llama Minápolis, en Estados Unidos, muy al norte. Desde los trece años toda mi familia se fue para allá.

ÉLIDA: ¿Vive con alguien? Me refiero a una mujer, a una esposa.

DAVID: No.

ÉLIDA: Yo sí.

DAVID: Entonces... ¿Llegué tarde?

ÉLIDA: Siempre supe que llegaría. No sabía cuándo. Solamente no sabía cuándo.

DAVID: ¿Estará mejor si me voy?

ÉLIDA: A lo mejor, no lo sé. Una se acostumbra a todo. A la ausencia, a que los objetos estén en el mismo lugar siempre; al olor de las cosas, al olor de las personas, a lo que dicen y no dicen. Una se acostumbra a la costumbre, hasta que se nos hace costra.

DAVID: El amor nunca ha sido fácil.

ÉLIDA: Hasta a eso se acostumbra una mujer. A que el amor no esté donde lo buscamos. A que no llegue cuando debió llegar. Es más... una mujer se acostumbra a la posibilidad de que nunca va a llegar, y al mismo tiempo vive soñando que llega... ¡En el momento más inoportuno!

DAVID: Incluso en la persona equivocada.

ÉLIDA: Ahora me va a perdonar usted pero... el amor no se equivoca. Simplemente no pide permiso.

DAVID: No quiero ponerla en una encrucijada. Voy a ver los árboles de la señora Clementina Rodríguez y me iré. Y haga de cuenta que nunca estuve aquí.

ÉLIDA: ¿Así... tan fácil?

DAVID: Sé ser hombre de razón.

ÉLIDA: Desde que lo vi lo supe.

DAVID: Ha de dispensar usted mis arrogancias. Con su permiso.

David empieza a alejarse.

NARRADOR: La Élida opuso una resistencia con el argumento callado de sus propios pudores.

Sale especial de seguidor. Entra especial en el otro extremo.

NARRADOR: Era un titubeo razonable..., más que un miedo femenino... un impulso piadoso. No era fácil abandonar a Felipe; hombre que lo dio todo por ella, sin chistar. Bastó sin embargo que lo viera alejarse para entender que la mitad de ella empezaba a desprenderse. El amor le resultaba imprescindible para seguir respirando.

ÉLIDA: (Gritándole desde el otro extremo) ¡Óigame usted, zutano...! ¡El amor es un asunto del que nadie sale ilesos! ¡Óigame usted, zutano! ¡Óigame usted, zutano!

DAVID: (Gritando desde el etro extremo.) ¡Me llamo David... señora! ¡Yo no soy ningún zutano!

ÉLIDA: ¡Pos fulano...! ¡O zutano...! ¡Pero es usté el amor de mi vida! ¡¿Me oyó, zutano...?! ¡De mi vida!

Élida corre hasta él y salta enredando sus piernas en la cintura y lo besa arrebatadamente.

NARRADOR: Pa'su desdicha, en ese momento regresaba Felipe del barbecho y los vio. Su grito se oyó por toda la Sierra Madre de Chihuahua.

FELIPE: ¡Élidaaaaa...! ¡Élidaaaa...!

Entra efecto de viento muy fuerte. Felipe cae de rodillas. Oscuro gradual.

VIII. DESOLACIÓN

Entra especial en la única banca de la plaza. Chema canta tristemente

CHEMA: “¡Ay”, de mí Llorona,
Llorona de azul celeste
Aunque la vida me cueste, Llorona
No dejaré de quererte...
Aunque la vida me cueste, Llorona
No dejaré de quererte”
(Canta un par de estrofas.)

Sale especial de banca de plaza. Entra especial en prosleo.

NARRADOR: Dicen que el amor es un héroe... pero no: ¡Es un tirano! A pesar de todo el escándalo que se armó por la infidelidad de la Élida, había algo que nos impedía a todos condenarla: el contrato que Felipe había firmado bajo el ciprés del camposanto. Él mismo, el propio Felipe, se encargó de mostrárselo a todos en el pueblo, salvando así el honor propio y el de ella. Y fue más allá: ¡le pidió al cura que nos explicara a todos las razones que el amor tiene para arrasar con todas las razones!

Sale especial de proscenio. Entra sonido de campanas de la iglesia llamando al pueblo. Entra especial en el templo. La gente se congrega

CURA: Los he llamado, ¡porque el filo de la navaja no hiere más hondo ni aniquila más rápido que el veneno del rumor! Una mujer... ¡ni más pura ni más santa; ni más impía ni más

laudable que cualquiera de todas las mujeres... ni de todos los hombres... no puede ser lapidada ni por el más tímido asomo del desprecio... solamente por estar enamorada!

Oscuro rapidísimo. Entra luz en la plaza

CHITO JAVALERA: ¡Se nos está muriendo la tierra!

INGE RIVERA: Dijeron por el radio que el gobernador mandó bombardear las nubes pa' que llueva.

CHITO JAVALERA: ¡¿Pa' que llueva 'ónde, ingeniero?!

INGE RIVERA: ¡Donde sea, pero que llueva! ¡Chihuahua entero se está secando!

FAUSTO: ¡Hemos mandado traer agua de Creel! ¡de San Juanito y hasta del pozo de Areponapuchi...!

INGE RIVERA: Sí, Fausto, pero esa agua ya no es buena pa' tomarla. No es buena pa'l consumo humano ¡Ni siquiera para las bestias!

CHITO JAVALERA: ¡Entonces, qué? ¡La tierra se muere y nosotros nos vamos a morir con ella?

INGE RIVERA: ¡Ya se fueron los hijos de la Edelmira, los de Fausto y los de Chema! ¡Ya se fueron mis hijos y tus hermanos, Chito Javalera!

CHITO JAVALERA: ¡Y pa' qué se quedaban?

INGE RIVERA: ¡Aquí nacimos! ¡Pa' dónde nos vamos nosotros?

CHITO JAVALERA: ¡Ya se me están muriendo los animales...! ¡Ahora dos de mis becerros estaban bocabajeados por la falta de agua!

FAUSTO: ¡Habías de vender lo que te queda!

CHITO JAVALERA: ¡Pero si qué me queda? ¡Qué chinga'os me queda! ¡Ya no tengo nada!

CLEMENTINA: (*Entrando apurada.*) Lo andaba buscando, ingeniero.

INGE RIVERA: ¡Pos pa qué soy bueno? Usté dirá.

CLEMENTINA: Pos es que el muchacho ese que trajo usté...

INGE RIVERA: ¡Qué con él?

CLEMENTINA: ¡Pos... es que me quiere comprar los árboles, esos que tengo en el patio, pero...

CHITO JAVALERA: ¡Pos véndaselos! ¡Qué lío hay con eso! ¡Usté véndaselos, a dió!

CLEMENTINA: Es que, pos... me da mucho dinero por ellos y pos la verdá... no valen tanto, no valen nada. ¡Ya están casi secos! ¡Hasta quién sabe qué me da aceptarle el dinero!

FAUSTO: ¡Usté agarre los billetes!

INGE RIVERA: ¡Pues cuánto le está ofreciendo?

CLEMENTINA: ¡Mucho... mucho dinero! ¡Casi veinte mil pesos por todos! Por los seis.

CHITO JAVALERA: ¡Ande, Clementina, no sea bruta! ¡Agarre el dinero antes de que se arrepienta! Él sabrá su negocio

CLEMENTINA: ¿Pos cómo la ve usté, ingeniero...?

INGE RIVERA: Aquí el Chito Javalera tiene razón; acepte el dinero.

IRINEO: (Entrando.) ¡Ingeniero! ¡Ingeniero!

INGE RIVERA: ¿Qué pasó, Irineo?

IRINEO: ¡Los hijos de la Edelmira están muy graves! ¡Tomaron agua del charco de la represa!

CHITO JAVALERA: ¡Chingada madre...! ¡Le dije a la Edelmira que no los dejara ir pa'l lá!

IRINEO: ¡Voy a ir a buscar al padrecito, a lo que queda del pinchi padrecito!

INGE RIVERA: ¡¿Tan mal están?!

IRINEO: (Afirma con movimiento rotundo de cabeza.)

FAUSTO: ¡Esa agua está toda contaminada ya! ¡Al rato van a caer los pocos animales que nos quedan!

INGE RIVERA: Ve a que el padrecito... y tráelo. Yo voy por Álvaro, ahí le queda un poco de ampicilina, a ver si sirve de algo.

IRINEO: (Al salir.) Pobrecitos plebes... les ha de haber dado sed y se les hizo fácil...

Oscuro gradual. Todos empiezan a salir apurados de escena. Luz especial en cubículo de efectos. Narrador frente al micrófono, lee de su libreto.

NARRADOR: La ampicilina que yo tenía era muy poca. Dos... tal vez tres dosis para cada uno de lo plebes. Morirían una semana después. Habíamos estado trayendo pipas con agua de Creel pero... ya no era muy buena tampoco. El lago de Arareco estaba seco, a las cadas de Basaseachic sólo les quedaba el nombre, ni Moris ni Ocampo tenían agua de donde pudiéramos traer. Así empezaba la devastación de Río Ánimas.

Nuestro pueblo era tan pequeño... tan insignificante que ni siquiera aparece en el mapa de Chihuahua, así cómo nos podía ayudar el gobierno... si ni siquiera existimos.

A pesar de la situación y de la terca insistencia de Deived, Élida no quiso irse del pueblo, todavía me acuerdo cómo se desgañitaba el cura desde el púlpito: "No se olviden de Dios..." -nos decía- "aunque él se haya olvidado de nosotros".

Élida y David se arriman al otro micrófono

NARRADOR: Élida entendía muy bien las razones y los motivos de Deived para irse del pueblo.

DAVID: ¡Vámonos, Élida! ¡Vente conmigo!

ÉLIDA: No.

DAVID: ¡¿A qué te quedas aquí?!

ÉLIDA: Te voy a esperar.

DAVID: ¡Voy muy lejos, Élida! ¡Muy lejos! ¿Sabes dónde está el norte?

ÉLIDA: En Juárez.

DAVID: ¡No! ¡Ciudad Juárez es el polo sur comparado a donde yo voy!

ÉLIDA: Si mequieres, vas a volver.

DAVID: ¡Eres la mitad de mí...! ¡No puedo! ¡No debo dejarte aquí!

NARRADOR: Había un tono marcado de presagio en las palabras de Deived. Una sombra en su cara que Élida no supo ver.

ÉLIDA: ¡Mi abuela, mi hijo, mi tierra: mi alma está aquí!

DAVID: Ya tengo tres meses aquí. Necesito ir a Minneapolis a arreglar asuntos de trabajo. El dinero se me está acabando y además mi familia está allá. Necesito ordenar todo eso, Élida.

ÉLIDA: Lo sé. No discuto tus razones.

DAVID: ¡Por favor...! ¡Por favor! ¡Vente conmigo... vente conmigo!

NARRADOR: El inge Rivera y yo habíamos salido el día anterior a Chihuahua capital, en la troca,

con los troncos de los nogales que le había comprado a Clementina Rodríguez. Deived tenía que bajar a Batopilas, a la pista de aterrizaje. Una avioneta lo esperaba ahí.

Entra sonido de avioneta.

ÉLIDA: Sé que vas a volver por mí y entonces me iré al fin del mundo contigo ¡Te lo juro!

DAVID: Está bien.

ÉLIDA: Ya llegó tu avioneta. Si no te vas ya, no van a llevarte hasta mañana. El piloto no despega después de mediodía.

DAVID: Me iría más tranquilo si me esperaras en Chihuahua, o en Juárez, o en El Paso.

ÉLIDA: Te esperé toda la vida, ¿cómo no voy a esperarte un par de meses?

DAVID: Dile a Felipe que muchas gracias por lo que hizo.

ÉLIDA: ¡Es muy hombre el recabró!

DAVID: Díselo.

ÉLIDA: Yo le digo, de tu parte... y de la mía

NARRADOR: Deived tomó la cara de ella entre sus manos y se le quedó viendo... ¡profundamente! Como si quisiera llevársela tatuada en el iris, en la retina, en la pupila, en los párpados y en el blanco de los ojos, y quedarse

él mismo grabado... labrado en su mirada para siempre.

DAVID: ¡Te amo!

ÉLIDA: Lo sé. También yo. No sé hablar tanto, no tan bonito como usted, pero sépase que algo muy fuerte aquí, dentro, algo que no sé explicar...

DAVID: No tiene que explicar nada.

ÉLIDA: ...porque no sé las palabras que se dicen...

DAVID: Está bien.

ÉLIDA: ...y las que sé no me alcanzan.

DAVID: No se preocupe.

ÉLIDA: ...si las juntara todas sería un grito, o una carcajada, o un abrazo muy fuerte.

DAVID: Eso es más que...

ÉLIDA: ...si juntara todas las palabras, las que sé y las que no sé, a lo mejor sería nomás un beso...

DAVID: Con eso basta.

ÉLIDA: ...o una mirada encajándose en sus ojos como una espina...

DAVID: No hacen falta.

ÉLIDA: ...pa' que la distancia no sea tanta y el olvido no me toque...

DAVID: Élida, yo...

ÉLIDA: ...pa' que la ausencia no sea cierto y la soledad no me mate...

DAVID: ¡Volveré!

ÉLIDA: ...pero si la distancia fuera mucha y el olvido me borrara...

DAVID: ¡Eso nunca!

ÉLIDA: ...si la ausencia fuera cierto y la soledad me aplasta...

DAVID: ¡No, Élida!

ÉLIDA: ...y usted vuelve y yo no estuviera! ¡Sépase usted, zutano..., sépase usted, que manque sea debajo de la tierra todavía yo... lo estaré esperando!

DAVID: ¡Eso no va a pasar, Élida!

ÉLIDA: ¡Se lo digo pa' que no dilate! ¡Se lo digo pa' que vuelva pronto! ¡Pa' que no se aleje tanto! ¡Pa' que no me olvide nunca!

DAVID: ¡¿Tanto me quiere...?!

ÉLIDA: ¡Tanto...!

DAVID: Cuídese mucho. Y si este pueblo se muere... no se muera usted con él. ¡Espéreme! ¡Espéreme!

ÉLIDA: Ya váyase. Pa' que los días pasen rápido. Que al cabo que no sé las palabras que se dicen pa' explicar lo que siento y las que sé... pos éas... ya se las dije todas.

NARRADOR: Se fundieron en un abrazo febril y por un segundo los dos se volvieron una sola persona. A la distancia, modesto como lo era, discreto, llorando pa' dentro como los hombres, Felipe agachó la mirada mientras sujetaba dos caballos por la rienda; del *Moro* de don Fausto Muñoz y del *Tordillo* del inge Rivera. Era curioso, pero el propio Felipe se había ofrecido a bajarlo hasta el campo de aterrizaje en Batopilas. Sabrá todo lo que habrán platicado en el camino.

Se escucha a los dos caballos alejarse.

NARRADOR: Élida se les quedó mirando hasta que su vista no los alcanzó. Ella no lo supo pero sus palabras iban resonando en las mentes del muchacho y un eco parecía repetirlas, llenando todo el vacío del abismo, donde al fondo, resignado, reposa Batopilas. Dicen que fueron las más claras y hermosas palabras que una mujer le hubiera podido decir jamás a un hombre. Dicen... todavía, que a veces el viento se revuelve inquieto y sopla y silba entre los riscos rosados de cantera y copia la voz ¡y repite las palabras como si estuviera enamorado! Como si Élida... las hubiera dicho para él.

Entra el silbar del viento en tercer plano. Entra especial en el micrófono de la Élida.

ÉLIDA: (*Febril y sin leer el guión.*) No sé hablar tanto ni tan bonito como usted. Pero sépase que algo muy fuerte aquí, dentro, algo que no sé explicar, porque no sé las palabras que se dicen y las que sé no me alcanzan. Si las juntara todas sería un grito... ¡o una carcajada o un abrazo muy fuerte! Si juntara todas las palabras que me sé... ¡Y las que no me sé! A lo mejor sería nomás un beso... o una mirada encajándose en sus ojos como una espina. Pa' que la distancia no sea tanta y el olvido no me toque; pa' que la ausencia no sea cierto y la soledad no me mate. Pero si la distancia fuera mucha y el olvido me borrara; ¡pero si la ausencia fuera cierto y la soledad me aplasta! ¡Y usted vuelve y yo no estuviera! ¡Sépase usted, zutano..., sépase usted, que manque sea debajo de la tierra todavía yo... lo estaré esperando!

Silbar del viento sube a primer plano. Oscuro gradual.

IX. LAS ÁNIMAS

En la plaza repican las campanas por duelo. Los pobladores pasan cargando al frente dos féretros.

NARRADOR: Los hijos de Edelmira Martínez, uno de nueve y otro de once, murieron una semana después. El agua contaminada de los charcos de la represa cobraba sus primeras víctimas. La sequía empezaba a devastarnos. Recuas enteras morían irremediablemente. ¡Nosotros mismos éramos como ánimas en pena! ¡La mezcla del llanto y los gritos desgarrados de Edelmira hacía que se nos enchiñara el cuero a todos! ¡Perder a un hijo es un dolor muy cabrón, pero perder a dos un mismo día...!

EDELMIRA: ¡Aaaaay...! ¡Dios mío! ¡Mis hijos...! ¡Mis hijos...!

NARRADOR: Clementina y la Élida trataban inútilmente de confortarla.

ÉLIDA: Por favor, Edelmira, levántate...

EDELMIRA: ¡Dios mío! ¡Mis niños no...! ¡Mis niños no...!

CLEMENTINA: ¡Llórales...! ¡Llórales a tus niños...! ¡Hasta que te seques como la tierra...! ¡Igual como nos secamos todos!

CURA: ¡No renieguen de Dios, manque él esté renegando de nosotros!

EDELMIRA: ¡Aaaaay...! ¡Mis hijos, Dios mío...! ¡Mis hijos...!

INGE RIVERA: ¡Levántenla!

CHITO JAVALERA: (*Intenta levantarla.*) Vamos, Edelmira, levántese por favor... no hay remedio pa' la muerte... levántese por favor...

FAUSTO: Les diremos una misa.

CLEMENTINA: Les haremos un novenario.

CHITO JAVALERA: Una misa cantada pa' los bukis.

EDELMIRA: ¡A mis niños no... mis niños no! ¡Señor!

CURA: Ten piedad de nosotros, señor, padre celestial...

CHEMA: (*Gritando al cielo.*) ¡¿Qué te hicimos, desgraciado, pa' que nos odies tanto...?!

CURA: (*Sujetando a Chema por la camisa.*) ¡No blasfemes...! ¡No blasfemes!

CHEMA: ¡¿Y qué demonios quiere...? ¡Que le cante!

CURA: ¡Cállate!

INGE RIVERA: ¡Cálmate, Chema...!

FAUSTO: Déjelo que se desahogue... Su coraje es el mismo que traemos todos.

ÁLVARO: (*Entrando. Trae una pala en la mano.*) ¿Ya están listos?

INGE RIVERA: ¡Los dos...?

ÁLVARO: (Afirma con la cabeza.) 'Taría bien que le pusieran un poco de alcohol en el cerebro a la Edelmira...'

ÉLIDA: (A Edelmira) Se ve muy mal, la pobre.

FAUSTO: ¡Ya! ¡Vamos a terminar con esto de una vez!

CHITO JAVALERA: Ándelete, Edelmira... hay que darle sepultura a los plebes.

EDELMIRA: (Se desvanece.)

CLEMENTINA: ¡Se desmayó! ¡Se desmayó!

ÉLIDA: ¡Traigan acá el alcohol!

INGE RIVERA: Es mejor así... no es bueno que mire cuando los sepultemos. Vamos, hay que llegar.

La procesión se reanuda. Élida y Clementina se quedan con Edelmira tratando de reanimarla. El sepelio va saliendo de escena. Entra especial en extremo abajo del escenario. Se queda un especial con Élida y Clementina que intenta reanimar a Edelmira. Luz general sale.

CLEMENTINA: (Angustiada.) ¡Edelmira... Edelmira! ¡Edelmira...! (Pausa.) ¡Algo le pasa! ¡No despierta...!

ÉLIDA: (Le da golpes suaves en las mejillas) ¡Edelmira! ¡Vuelve en ti!

CLEMENTINA: ¡¿Qué le pasa...?!

ÉLIDA: Yo creo que sólo se desmayó. ¡Edelmira, por favor!

CLEMENTINA: ¡No vuelve en sí! ¡Algo le pasa!

ÉLIDA: (Sacudiéndola con fuerza.) ¡Edelmira...! ¡Edelmira...!

NARRADOR: (Entrando al especial cerca del proscenio) La Edelmira no despertó jamás. Mandamos traer a un médico practicante que hacia su servicio social en Moris. (Pausa.) Todo fue inútil. La Edelmira había muerto también.

Sale especial de Élida y Clementina.

NARRADOR: Los labriegos están unidos hasta la muerte a su parcela. No es fácil arrancarlos de su pedazo de tierra. En veces prefieren agonizar entre los surcos. Los que no son nacidos ahí por una razón o por otra no podían abandonar el pueblo. El Menorita, por ejemplo, había abandonado a su familia muy cerca de Cuauhtémoc y se había casado con una muchacha del pueblo. El cura se había casado con una muchacha tarahumara y ya tenía chilpayates con ella y seguía siendo sacerdote; salir de Río Áimas significaba enfrentar al obispo y dejaría de hacer lo único que sabía hacer: dar misa, dar la ostia y fingir que algo nos perdona. Había que quedarse, pues... hasta el final.

Sale especial del narrador. Entra especial en la torre del campanario. El cura, con su sotana negra y fuera de control, hace sonar las campanas con furia y grita con llanto.

CURA: ¡No somos Betsaida...! ¡No somos Kaper-naúm...! ¡No necesitamos milagros para creer en ti...! ¡Te ofrendamos la fe ciega de los corderos! ¡Ni somos tampoco Sodoma o Gomorra...! ¡No somos una tierra maldita...! ¡No lo somos, señor! ¡Y no necesitamos de tus milagros... sino de tu misericordia! ¡Sólo muéstranos, carajo... un asomo diminuto y miserable de tu piedad...! ¡Yo te ofrezco el dolor pesado de mi propio sacrilegio, pero apiádate de esta gente! ¡Haz que se vayan todos de aquí! ¡Si me concedes un último juramento, señor, haz que todos salgan de Río Ánimas y yo te juro, señor, Dios todopoderoso, que ninguno volverá la vista atrás! ¡Para que así puedas descargar toda tu ira sobre esta tierra moribunda!

¡Mírame, señor...! ¡Escúchame...! ¡Sé y reconozco mi grande falta! ¡He violado mis votos al casarme con una mujer y no voy a expiar mis culpas en este pueblo inocuo...!

¡Mírame, señor...! ¡Escúchame...! ¡Soy la nueva y la mala copia de tu viejo Lot... convírteme en piedra de sal a mí...! ¡Soy yo lo que está podrido! ¡Soy yo la causa de tu ira!

Entra efecto de viento muy fuerte. En segundo plano el sonar de las campanas. Oscuro gradual.

X. LA AGONÍA.

En oscuro.

NARRADOR: Nunca supimos si había resbalado por la cornisa o él mismo se arrojó desde el campanario. Pero en la mañana, su esposa tarahumara lo encontró estrellado contra el suelo, boca arriba con los ojos abiertos y las manos crispadas en la tierra.

Entra luz en escenario, amanece. La esposa tarahumara junto al cuerpo del cura, llora, habla algo en su dialecto.

CHEMA: *(En la banca de la plaza. Cantando tristemente.)*
Dos besos llevo en el alma, Llorona
Que no se apartan de mí...
El último de mi madre, Llorona
Y el primero que te di.
El último de mi madre, Llorona
Y el primero que te di.

¡Ay!, de mí Llorona,
Llorona llévame al río
Tápame con tu reboso, Llorona
Porque me muero de frío.

Su esposa tarahumara le cubre la cara con su reboso al cura. Mientras se va haciendo el oscuro se observa a algunos curiosos entrar y mirar el cuadro consternados. Entra música. Se completa el oscuro. Entra luz en cubículo de efectos.

NARRADOR: Hacía días que no la veíamos.

ÉLIDA: *(Tose.)*

NARRADOR: Por medio de su abuela, la Élida me mandó llamar.

ÉLIDA: (Tose.)

NARRADOR: Hacía más de cuatro meses que Deived se había ido de Río Ánimas y no teníamos noticias de él.

Tocan la puerta..

ÉLIDA: ¿Es usted, abuela...?

NARRADOR: Me dio mala espina que quisiera hablar conmigo.

Vuelven a tocar con más fuerza la puerta.

ÉLIDA: ¡Abuela! ¡¿Es usted...?! (Tose.)

ÁLVARO: Soy yo, Álvaro Ruiz. ¿Quería verme?

ÉLIDA: Pásale, Álvaro. La puerta no está atrancada.

Se escuchan los chirridos de las visagras al abrirse la puerta y luego los pasos de Álvaro acercándose.

NARRADOR: La vi muy flaca. Ojerosa y pálida. Estaba recostada en la cama y sus ojos muy hundidos

ÉLIDA: ¿Ya mandaron por agua?

NARRADOR: Su voz era débil, como un murmullo allá, muy lejos. Tuve que acercármele mucho pa' oírla.

ÉLIDA: Qué bueno que viniste.

ÁLVARO: No te ves muy bien.

ÉLIDA: (Irónica.) ¿Deveras?

ÁLVARO: ¿Qué te pasa?

ÉLIDA: Te preguntaba que si ya mandaron traer agua.

ÁLVARO: El ingeniero Rivera ya anda allá, pa' la capital, por ayuda.

ÉLIDA: ¿Alguna noticia?

ÁLVARO: No.

ÉLIDA: (Tose.) Parece que ya me dejaron como novia de rancho, ¿no?

ÁLVARO: Se cayó el poste de la caseta, ¿no te acuerdas? Por los vientos. Seguro que trató de comunicarse y no ha podido.

ÉLIDA: Me duele mucho la panza y cuando toso me estalla el pecho.

ÁLVARO: ¿Quieres que le hable a Felipe?

ÉLIDA: A él... menos que a nadie.

ÁLVARO: Ese bato te quiere bien.

ÉLIDA: Sí, pero le hice mierda el orgullo. Bonita me vería yo hablándole. (Pausa.) (Tose.)

nomás quería preguntarte si tenías por ahí alguna medicina que pudieras darme.

ÁLVARO: ¿Qué es lo que te duele?

ÉLIDA: No sé, pero... pos estoy vomite y vomite todo lo que como.

ÁLVARO: Pos aí tengo unas ampolletas, sepa Dios pa' qué serán pero...

ÉLIDA: Chulo *matasanos* eres, recabrón.

ÁLVARO: ¿Supiste lo del cura?

ÉLIDA: Mi abuela llegó llorando y me contó. (*Pausa. Tose.*) Yo creo que nos vamos a morir todos.

ÁLVARO: ¿No será tristeza lo que tienes?

ÉLIDA: ¡No te digo! Nomás falta que me salgas con que las ampolletas que tienes son pa' curar el abandono.

ÁLVARO: ¡Va a volver, Élida! ¡El Deived va a volver por ti! Me corto un güevo pa' si no. El Deived va a volver.

Entra especial en el ciprés. Felipe está ahí fumando.

ÉLIDA: No vayas a decirle nada a Felipe pero... pos llévale a mí'jo mientras me muero o...

ÁLVARO: Te debiste haber ido con él.

ÉLIDA: (*Tose. Trata de contener el llanto.*) No sé qué me

duele más: si esta cabrona pos que me sacude toda el alma o... sentir que me falta la mitad de mí...

NARRADOR: No tuve más remedio que contarle a Felipe.

FELIPE: (*Desde el ciprés en el camposanto.*) ¡No me digas eso cabrón...! ¡No me digas eso!

ÉLIDA: ¡Siento que'l aire no me entra a los pulmones!

FELIPE: ¡Déjame ir a verla...!

ÁLVARO: Hay que llevarla... manque sea a fuerzas a Cuauhtémoc pa' que la atienda un doctor. A lo mejor es pulmonía.

FELIPE: ¡No no...! ¡Extraña a Deived! ¡Tengo que ir a buscarlo a donde sea! ¡Manque sea al fin del mundo...!

ÉLIDA: Es tan noble ese ranchero, que si le dices, es muy capaz de ir a buscar al amor de mi vida y traérmelo manque sea a punta de pistola. Casi lo oigo. Pero él no sabe que Río Ánimas es el fin del mundo.

NARRADOR: Una avioneta venía con unos diputados de Chihuahua, llegaron para hablar con el presidente municipal de Batopilas, al que venían a pedirle que agregara al nombre de municipio el nombre de un señor muy importante que había nacido ahí. Querían que ahora se llamara: "Batopilas de Gómez Morín".

ÉLIDA: Si en algo me aprecias, no le vayas a decir a Felipe, por favor, Álvaro. Me moriría de la vergüenza si me viera como estoy.

Se escucha en un segundo plano el ruido de la avioneta.

FELIPE: ¡En esa avioneta me voy a ir! ¡A mí no se me va a morir la Élida y menos por ese pela'o...! ¡Yo quiero a la Élida más que a mí mismo! ¡Me cae'n que sí, Álvaro! ¡Y la quiero feliz! ¡Conmigo o con ese güey o con quien sea...! ¡Pero la quiero feliz a la cabrona...! ¡Nomás pa' verla reírse! ¡Nomás pa' ver cómo le salen chispas a sus ojos de tanta méndiga felicidad! (Pausa.) ¿La has mirado, Álvaro? ¡Has mirado qué chula se ve mi Élida... qué linda, cuando está contenta, cuando está feliz...!

NARRADOR: Yo lo veía hablar... el corazón le temblaba nervioso en la boca... y las palabras le salían rotas desde no sé dónde.

FELIPE: ¡No la viste Álvaro! ¡Cuando Deived se bajó de la troca y la Élida lo vio... tú no la viste...! ¡Le salía luz por la espalda! ¡Se miraba... como si le hubieran prendido un foco desde dentro y se le viera el corazón muy grande... muy grande! ¡Tú no la viste, Álvaro! ¡Se le miraba el alma...! ¡Chula se veía mi Élida... linda! ¡Se veía... preciosa...!

NARRADOR: Yo incliné la cabeza... con esa vergüenza que los hombres sienten... cuando otro hombre los hace llorar.

FELIPE: Y yo, Álvaro... con verla feliz... con eso tengo.

Sale luz del ciprés. Se escucha un caballo alejarse velozmente a todo galope.

NARRADOR: Esa avioneta que llegó a Batopilas con los diputados... fue la trágica coincidencia. En el tordillo del inge Rivera y a todo galope, Felipe se fue a Batopilas con la intención de alcanzarla para ir en busca de Deived y traérselo a la Élida. Ahí, poquito antes de la Cruz del Diablo, Felipe se despeñó con todo y caballo. (Pausa.) Ya no le quisimos decir nada a la Élida

Comienza oscuro gradual.

NARRADOR: Dicen... que todas las cosas que el cura le grito a Dios desde el campanario, lo hizo enfurecer todavía más. Dicen... que Dios maldijo a Río Áimas. La mayoría se había ido ya y los pocos que se negaron a abandonar su tierra... iban a morir con ella.

Se completa el oscuro.

NARRADOR: El miércoles aquel el Menonita se desplomó en la plaza. Luego Fausto Muñoz. A Irineo Miramontes y a Chema los encontraron tirados en sus parcelas, con espuma en la boca. A la señora Clementina Rodríguez y a Chito Javalera en el traspatio de la iglesia... secos por dentro. Una cuadrilla del ejército entró al pueblo; cuando los vimos creímos que habían llegado a prestarnos auxilio, pero, la verdad, sólo iban en busca de sembradíos de marihuana y amapola, fue nada más una coincidencia...

Comienza a entrar luz en el escenario. Los cuerpos envueltos en mantas blancas están acomodados en orden en la plaza, frente a la iglesia. Tres soldados llevan tapabocas y caminan en actitud vigilante.

NARRADOR: Cuando declararon que era una epidemia, los militares hicieron un cerco sanitario para que no se expandiera. Hasta entonces el gobierno se dio cuenta que alguna vez habíamos existido. Éramos una sección municipal de Batopilas... o, mejor dicho, habíamos sido... una sección municipal de Batopilas.

Se escucha un helicóptero acercándose. Oscuro.

XI. LA BURLA DE DIOS

El helicóptero en primer plano. Fade out de helicóptero.

NARRADOR: (En oscuro.) Un día antes de que el ejército quemara todas las casas... y las cosas, un helicóptero rojo, con la bandera canadiense aterrizó en Río Ánimas. Deived venía en él. Volvía por su mitad. La abuela, el inge Rivera y yo estábamos sepultando a la Élida. El pequeño Alejandro miraba sin entender y nos preguntaba por qué echábamos tierra sobre su mamá.

Entra luz en proscenio.

NARRADOR: Ropa, colchones, colchas, efectos personales y hasta muebles se habían apilado en la plaza para ser quemados. Eso fue lo que Deived encontró cuando llegó al pueblo. Además de todas las casas abandonadas. Corrió como loco por todos los laberintos de Río Ánimas gritándole a Élida.

DAVID: (Entra y corre buscando y gritando.) ¡Élidaaaaa...! ¡Élidaaaaa...!

NARRADOR: Nos encontró en el camposanto, junto al ciprés, echando las últimas paladas de tierra sobre el amor de su vida. No dijo nada, se quedó con la mirada fija, apretó los labios y así, callado, aguantó al mundo que le caía encima, y lloró... pa' dentro, como los hombres.

Entra música en cubículo de efectos.

NARRADOR: El pequeño hijo de la Élida lo tomó de la mano y se fueron caminando hasta la pista donde los helicópteros del ejército habían aterrizado. Entonces... empezó a llover en Río Ánimas, como si Dios se burlara de nosotros. La embriagada y melodiosa voz de Chema parecía el eco de una fanfarria para el amor más grande que hayamos conocido nunca. El más grande del que hayamos sabido jamás.

(Hablando.)

Te vi salir del templo un día, Llorona
Cuando al pasar yo te vi.

Hermoso huipil llevabas, Llorona,
Que la virgin te creí.

Oscuro.

LOCUTOR: (En oscuro.) XERN, Radio Norteña, transmite para toda la sierra de Chihuahua y planetas circunvecinos, con mil quinientos mega hertz de amplitud modulada desde Cuauhtémoc... La voz de la radio.

Se escucha la pérdida de señal en la banda del radio.

TELÓN

EL TEATRO MATA